

Retiro cuaresmal 2020

Con María, al pie de la cruz, la comunidad cristiana edifica la fraternidad y realiza la obra de la reconciliación.

21 de marzo de 2020

Primera charla:

Con María al pie de la cruz, la comunidad cristiana edifica la fraternidad

Mons. Leonardo Rodríguez Jimenes

Saludos hermanos y hermanas.

1. Introducción

Llegamos a la mitad de la Cuaresma, tiempo especial de gracia y conversión, que este año se ha visto marcado por un acontecimiento epidémico mundial.

Ciertamente estas cosas nos llaman la atención y en este caso nos estremecen porque nos enfrentamos a la posibilidad de morir, se ha limitado nuestra libertad de movimiento, vivimos ansiosos y preocupados de qué pueda pasar.

Desde el huracán María, los terremotos en enero y ahora esto, nos sentimos o podemos sentirnos agobiados. ¿Qué más puede pasar? ¿Qué será lo próximo?

No es la primera vez en la historia de la humanidad, de Israel y de la Iglesia que se viven situaciones así. Pensemos en Noé, en las plagas de Egipto, las invasiones y exilios de Israel, etc. Las persecuciones de los cristianos desde el principio y hasta nuestros días, las plagas vividas en Europa en la Edad Media y aun en el Renacimiento. El pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, en el Nuevo y la historia de la Iglesia demuestran esto.

Al pensar en los temas para el retiro de esta cuaresma, P. Joel y yo, por estar en el año mariano, queríamos seguir la línea que comenzamos en el retiro de adviento: Con María preparemos el camino al Mesías viendo a María discípula que escucha dócil de la Palabra de Dios y así con María, la

Iglesia es fiel al Señor hasta el fin de los tiempos, tanto en la espera del Mesías como en su ministerio público como en su pasión y resurrección. En su mensaje para esta Cuaresma el Papa recalcó la reconciliación, así pues, en esa línea de pensamiento acordamos ver la **fraternidad** y la **reconciliación** desde una óptica mariana.

2. Óptica mariana

En esta charla nos enfocaremos en que, con María, al pie de la cruz, la comunidad cristiana edifica la fraternidad.

Para este tema parto de una interesante propuesta teológica de un libro escrito por varios teólogos sobre la Virgen en el NT¹.

Según lo escrito en uno de sus capítulos, Jesús no estaba abandonado en la cruz, sino que al pie de ella había una pequeña comunidad formada por algunos discípulos como nos narra Jn 19,28: María (la mujer/madre de Jesús y convertida en madre del discípulo), Juan y algunas mujeres, todos ellos discípulos de Jesús, no sólo Juan. Aunque él hable sólo del discípulo amado ahí y en otras partes de su evangelio y no diga el nombre de María, sino “mujer” (2,2) o “la madre de Jesús” (2,1.5;19,26), ella está en pie firme frente a la cruz, con los pocos discípulos valientes (más discípulas que discípulos) que superaron el terror de la pasión y no huyeron. Además, estos títulos (mujer/madre de Jesús) son de gran importancia en la Escritura y para la primera comunidad cristiana, pero no nos vamos a complicar con eso ahora. Aceptemos esa idea propuesta como punto de partida para nuestra reflexión.

Además de ese hecho el autor resalta que esta pequeña comunidad está ubicada en el contexto del momento de la consumación de la obra de Jesús, con las palabras griegas que aluden a llevar algo a término (telein / telestai cf. Jn 19,28²).

¹ Brown, Donfried, Fitzmyer y Reumann, María en el Nuevo Testamento, Ed. Sígueme, Salamanca, 1982.

² Ibid. p. 205.

En fin, María, Madre y discípula de Jesús, es Madre y Maestra de los discípulos del Señor en la formación de la comunidad cristiana y por tanto de la fraternidad que constituye la misma, pues Jesús nos ha hecho hermanos al reconciliarnos con su Padre, haciéndolo Padre nuestro y al entregar su Madre en la cruz al discípulo y en él a todos los discípulos.

Queremos pues en esta charla meditar sobre el valor de la fraternidad en la vida de la Iglesia y ver en María un modelo, maestra e intercesora para vivir ese aspecto fraterno, fundamental de la vida eclesial.

3. Fraternidad

Jesús nos dice en Lc: “Porque si ustedes aman a los que los aman, ¿qué mérito tienen? Hasta los malos aman a los que los aman. Y si hacen bien a los que les hacen bien, ¿qué gracia tiene? También los pecadores obran así.” (Lc 6,32s).

En el Lc 10 leemos la parábola del buen samaritano en la que el Señor nos enseña a hacernos prójimo del otro, sin importar su condición. Además, en Jn 13,35 nos dice: “En esto reconocerán todos que son mis discípulos, en que se amen unos a otros.” Y en 1 Jn 4,20 dice: “El que dice que ama a Dios, a quien no ve, sin amar a su hermano, a quien ve, es un mentiroso.”

A partir de la enseñanza de Jesús los cristianos hemos entendido que si somos hijos de un mismo Padre celestial somos hermanos. Por ello, así nos dirigimos los unos a los otros, pero no basta llamarnos hermanos si además no nos tratamos como tal. Puede ser un apelativo hueco si no va acompañado de un verdadero sentirnos y tratarnos como hermanos.

Siguiendo la enseñanza de Jesús decía Tertuliano en el s. II: “¡Mirad cómo se aman! Mirad cómo están dispuestos a morir el uno por el otro”.

Y así por el estilo podemos encontrar otros testimonios de los Padres de la Iglesia y escritores desde los primeros siglos del cristianismo.

En fin, la fraternidad cristiana es un rasgo de la genética cristiana. Sin fraternidad no se es verdaderamente cristiano. Y, como dice S. Juan y Tertuliano, siguiendo la enseñanza del Señor, deberíamos tener un amor palpable, no abstracto.

Con ese punto de partida recurramos ahora a la enseñanza del Papa Francisco en *Laudato si* y en *Christus vivit*.

4. La fraternidad en el magisterio del Papa Francisco + el modelo mariano

Interesantemente en su encíclica ecológica encontramos referencia a este tema.

En LS 228 dice el Papa: *“...Jesús nos recordó que tenemos a Dios como nuestro Padre común y que eso nos hace hermanos. El amor fraterno sólo puede ser gratuito, nunca puede ser un pago por lo que otro realice ni un anticipo por lo que esperamos que haga. Por eso es posible amar a los enemigos... Por eso podemos hablar de una fraternidad universal.”*

Así que nuestro amor fraterno no sólo debe ser concreto, sino que también debe ser gratuito.

LS 231 dice: *“El amor, lleno de pequeños gestos de cuidado mutuo, es también civil y político, y se manifiesta en todas las acciones que procuran construir un mundo mejor. El amor a la sociedad y el compromiso por el bien común son una forma excelente de la caridad, que no sólo afecta a las relaciones entre los individuos, sino a «las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas». Por eso, la Iglesia propuso al mundo el ideal de una «civilización del amor». El amor social es la clave de un auténtico desarrollo: «Para plasmar una sociedad más humana, más digna de la persona, es necesario revalorizar el amor en la vida social –a nivel político, económico, cultural–, haciéndolo la norma constante y suprema de la acción» ... Cuando alguien reconoce el llamado de Dios a intervenir junto con los demás en estas dinámicas sociales, debe recordar*

que eso es parte de su espiritualidad, que es ejercicio de la caridad y que de ese modo madura y se santifica.”

Así que no sólo en coherencia con nuestro ser cristiano, sino para el bien de la Iglesia y toda la sociedad, es fundamental vivir la hermandad. Y el Papa nos dice que esto no consiste en acciones espectaculares, sino que comienza con pequeños gestos. Claro, hay que estar dispuesto a dar la vida por el hermano, pero no se empieza por ahí, sino por los detalles pequeños antes de pensar en cosas heroicas, pues a veces lo heroico es lo pequeño; como en la situación actual que estamos viviendo: quedarnos lo más tranquilos posibles sin salir de casa a menos que sea necesario, eso es lo heroico. Y además tiene una repercusión social, por tanto, la fraternidad tiene importancia tanto para el bien de la Iglesia internamente, como para transformar la sociedad en todas sus esferas de salud, economía, etc.

Hay personas que son detallistas por naturaleza, pero aquí se trata de serlo, no por manía o pura personalidad, sino movidos por el amor de Dios, porque así es como podemos llegar a la meta de nuestra existencia cristiana, así como Jesús llevó su obra a término constituyendo frente a sí en la cruz aquella pequeña comunidad inicial de discípulos, encabezada por su Madre. En la cruz donde hizo su máxima expresión de amor y donde esta pequeña comunidad, por amor supero todo obstáculo para acompañar al Maestro hasta su muerte de cruz.

De la vida de María, fiel discípula y sierva del Señor, aprendamos también a cuidar los detalles: dialoga con Dios en la anunciación para saber cómo Dios quiere que ella colabore en su plan y una vez sabido esto se somete dócilmente a su voluntad (cf. Lc 1,26-38). Sale a visitar y ayudar a Isabel, sin un mandato expreso de Dios, pero la noticia del embarazo de aquella le basta para lanzarse a practicar la caridad (cf. Lc 1,39-56). Acoge a su Hijo y lo envuelve en pañales (cf. Lc 2,7). Lo sigue calladamente, casi imperceptiblemente, en su ministerio público. ¡Qué detalle el que tiene con los esposos de Caná (cf. Jn 2,1,11), a quienes libra de vergüenza y tristeza sin hacerse ver, pero haciéndose sentir y cooperando, además, para afianzar la fe de los discípulos!

Así es el verdadero hermano, quien atento a las necesidades del prójimo, y sin llamar la atención, ayuda por amor a Dios y reorienta sus hermanos hacia la fuente de ese amor.

La Exhortación postsinodal para los jóvenes *Christus vivit*, tiene enseñanzas valiosas, no sólo para éstos, sino para todos en la Iglesia.

Dice ChV 163: *“Tu desarrollo espiritual se expresa ante todo creciendo en el amor fraterno, generoso, misericordioso. Lo decía san Pablo: «Que el Señor los haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros, y en el amor para con todos» (1 Ts 3,12). Ojalá vivas cada vez más ese “éxtasis” que es salir de ti mismo para buscar el bien de los demás, hasta dar la vida.”*

Esto no es algo solo para los muchachos, sino para cada cristiano. El Papa nos invita al éxtasis, ¿cómo?

Dice en el siguiente número: 164. *“Cuando un encuentro con Dios se llama “éxtasis”, es porque nos saca de nosotros mismos y nos eleva, cautivados por el amor y la belleza de Dios. Pero también podemos ser sacados de nosotros mismos para reconocer la belleza oculta en cada ser humano, su dignidad, su grandeza como imagen de Dios e hijo del Padre. El Espíritu Santo quiere impulsarnos para que salgamos de nosotros mismos, abracemos a los demás con el amor y busquemos su bien. Por lo tanto, siempre es mejor vivir la fe juntos y expresar nuestro amor en una vida comunitaria, compartiendo con otros jóvenes nuestro afecto, nuestro tiempo, nuestra fe y nuestras inquietudes. La Iglesia ofrece muchos espacios diversos para vivir la fe en comunidad, porque todo es más fácil juntos.”*

María vive ese éxtasis desde su juventud. Sale de sí misma, de su comodidad, de cualquier tentación de superioridad para ir rápidamente a visitar a Isabel. María adulta, alrededor de 30 años después de la anunciación, no se encierra temerosamente ante la pasión de su Hijo y la que en el esplendor de su ministerio público no se dejaba casi ver ni sentir, ahora se hace presente para acompañar a su Hijo hasta el Calvario y luego

para aglutinar a sus nuevos hijos, los discípulos de Jesús, en la espera del primer Pentecostés, y eso lo hace también con sencillez, orando junto con ellos en la espera de la Promesa (cf. Lc 24,49; Hch 1,4.14).

Sin decir nada, su ejemplo la hace maestra de la fraternidad de la primera comunidad cristiana.

Sigue diciendo el Papa en el n.167: *“Dios ama la alegría de los jóvenes y los invita especialmente a esa alegría que se vive en comunión fraterna, a ese gozo superior del que sabe compartir, porque «hay más alegría en dar que en recibir» (Hch 20,35) y «Dios ama al que da con alegría» (2 Co 9,7). El amor fraterno multiplica nuestra capacidad de gozo, ya que nos vuelve capaces de gozar con el bien de los otros: «Alégrense con los que están alegres» (Rm 12,15). Que la espontaneidad y el impulso de tu juventud se conviertan cada día más en la espontaneidad del amor fraterno, en la frescura para reaccionar siempre con perdón, con generosidad, con ganas de construir comunidad. Un proverbio africano dice: «Si quieres andar rápido, camina solo. Si quieres llegar lejos, camina con los otros». No nos dejemos robar la fraternidad.”*

María da con alegría su servicio a Isabel y lo manifiesta cantando su Magnificat (cf. Lc 1,46-54), pero también Isabel, llena del Espíritu, la declara feliz (cf. Lc 1,45). Allí con Isabel vive la fraternidad según la sangre, pues era pariente suya, pero luego con los discípulos de Jesús y otros vive la hermandad según el Espíritu en la comunidad de discípulos de su Hijo, o sea la Iglesia.

En ese párrafo podríamos sustituir donde dice joven y simplemente decir cristiano y no pierde su sentido. Y, además de las citas de la Palabra de Dios, qué sentido común y a la vez sobrenatural tiene ese proverbio africano que cita el Papa. Aprendamos de María, que, colmada de la gracia de Dios, no va por su lado, sino que camina con los discípulos de Jesús. Ella podría haber ido a toda velocidad, sin embargo, aprende de su Hijo que aquí hay que caminar juntos, porque formamos un solo cuerpo, el Cuerpo de su Hijo Jesús (cf. Rm 12,5; 1 Cor 10,17; 12,12ss.).

5. Con María, al pie de la cruz, la comunidad cristiana edifica la fraternidad.

Hemos podido ver a la luz de algunos textos bíblicos y documentos del Papa Francisco lo importante que es la fraternidad para el discípulo de Jesús. No podemos hablar de fraternidad sin comunidad, porque es en ese ambiente que puede desarrollarse realmente la misma en el compartir, en el roce de ideas, caracteres, alegrías, talentos, diferencias, problemas, etc. Vivir la fraternidad cibernéticamente no es real. Esto no se resuelve dando “share” o “delete”. Esta comunidad que edifica la fraternidad lo hace al modo de la Trinidad y constituida al pie de la Cruz en la cual Jesús nos ha reconciliado con el Padre y a los seres humanos entre sí.

Nos dice S. Pablo en Ef 2,13s. *“... ahora, en Cristo Jesús y por su sangre, ustedes que estaban lejos han venido a estar cerca. Él es nuestra paz. Él ha destruido el muro de separación, el odio, y de los dos pueblos ha hecho uno solo.”*

Le pequeña comunidad de María con algunos discípulos, al pie de la cruz en el Calvario, es testigo de eso que dice Pablo quien también habiendo estado lejos de Jesús, fue atraído por Él y reconciliado con la comunidad cristiana que lo acogió, a pesar de la suspicacia inicial de si verdaderamente se había convertido. Pero no sólo se convirtió, sino que el Señor lo hizo su Apóstol. La comunidad también edificó a Pablo en la fraternidad pues lo acoge para ser bautizado, lo acoge como hermano, le enseñan lo que viven y practican, por eso él dice en 1 Cor 15,3-5: *“En primer lugar les he transmitido esto, tal como yo mismo lo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, como dicen las Escrituras; que fue sepultado; que resucitó al tercer día, también según las Escrituras; que se apareció a Pedro y luego a los Doce.”* Esto no es sólo la revelación del Señor, sino lo que él ha recibido de la comunidad que ha nacido del costado abierto de Jesús en la cruz.

La cuaresma nos invita a la conversión. La conversión se vive y concreta en la comunidad que vive la fraternidad. Quien se aísla no está en comunión

verdadera con el Señor y por supuesto no lo está con la Iglesia, que es inseparable de su Cabeza.

Pidamos a María, corazón de la primera comunidad nacida al pie de la cruz, que nos ayude en nuestro camino de conversión, que incluye edificar la comunidad en la fraternidad, a veces con dolor, porque nace al pie de la cruz, y con esa comunidad hermanada seguir edificando la fraternidad en la Iglesia y en el mundo con todo lo que eso supone: paciencia, comprensión, cooperación, compartir bienes espirituales y materiales, tolerancia, perdón, etc. una vez más en palabras del Señor por boca de S. Pablo, Col 3,11-17: *“Ahí no se hace distinción entre judío y griego, pueblo circuncidado y pueblo pagano; ya no hay extranjero, bárbaro, esclavo u hombre libre, sino que Cristo es todo en todos. Pónganse, pues, el vestido que conviene a los elegidos de Dios, sus santos muy queridos: la compasión tierna, la bondad, la humildad, la mansedumbre, la paciencia. Sopórtense y perdónense unos a otros si uno tiene motivo de queja contra otro. Como el Señor los perdonó, a su vez hagan ustedes lo mismo. Por encima de esta vestidura pondrán como cinturón el amor, para que el conjunto sea perfecto. Así la paz de Cristo reinará en sus corazones, pues para esto fueron llamados y reunidos. Finalmente, sean agradecidos. Que la palabra de Cristo habite en ustedes y esté a sus anchas. Tengan sabiduría, para que se puedan aconsejar unos a otros y se afirmen mutuamente con salmos, himnos y alabanzas espontáneas. Que la gracia ponga en sus corazones un cántico a Dios, y todo lo que puedan decir o hacer, háganlo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.”*

Reflexionemos:

1. ¿Cómo vivo la fraternidad en mi comunidad parroquial? Escribe, para ti, una lista de cosas concretas que haces o que podrías hacer.
2. ¿Mi fraternidad brota del Corazón de Jesús o de mis gustos o intereses?
3. ¿Cómo puedo vivir la fraternidad en cosa pequeñas? ¿Vivo el éxtasis de salir a servir como María a mis hermanos o estoy encerrado en mis cosas?
4. ¿Sé caminar junto a otros, a pesar de que puedan ser difíciles, o prefiero ir a mi gusto, según mis criterios, mis intereses, etc. o sé posponer mis cosas?

5. ¿Siento alegría cuando me olvido de mis cosas para vivir el servicio fraterno o prefiero hacer lo que me interesa a mí?
6. ¿Sé colaborar con la vida de los hermanos, sin meterme en ella indebidamente, o prefiero hacer las cosas a mi gusto?